

PONTÍFICES

De las persecuciones al papa Francisco



Pontífices

César Vidal

De las persecuciones al papa Francisco

ediciones península

© César Vidal Manzanares, 2007 y 2014
Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S.L., Agencia Literaria

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2007
Primera edición, actualizada, en este formato: marzo de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península
Pedro i Pons 9, 11ª pta
08034 - Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL • fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 232-2014
ISBN: 978-84-9942-300-5

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	
LA PERMANENCIA DE UN SISTEMA MILENARIO	9
PRIMERA PARTE	
DE LAS PERSECUCIONES A LA TOLERANCIA	23
SEGUNDA PARTE	
DE LA TOLERANCIA A LA OFICIALIDAD	41
TERCERA PARTE	
LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LOS REINOS BÁRBAROS	57
CUARTA PARTE	
LOS PAPAS BAJO EL CONTROL DE BIZANCIO	65
QUINTA PARTE	
EL OCASO DEL CONTROL BIZANTINO Y EL INICIO DE LA ALIANZA CON LOS FRANCOS	79
SEXTA PARTE	
LOS PAPAS Y EL IMPERIO DE OCCIDENTE	85
SÉPTIMA PARTE	
LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO	143
OCTAVA PARTE	
LOS PAPAS DE LA CONTRARREFORMA	157
NOVENA PARTE	
EL PAPADO EN CUESTIÓN: DE LA DUDA AL FINAL DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS (1655-1871)	171

8 SUMARIO

DÉCIMA PARTE

LOS PAPAS DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA 189

CRONOLOGÍA 213

BIBLIOGRAFÍA 235

CONTENIDO 243

LA ERA DE LAS PERSECUCIONES

Nacido en el seno del pueblo de Israel—Jesús, sus parientes y sus discípulos eran todos judíos—, el cristianismo no pasó de ser considerado por el Imperio romano durante siglos como una superstición ilícita. Esa consideración se tradujo no sólo en el desprecio y la burla, sino también en ocasiones en duras persecuciones que concluyeron con el derramamiento de la sangre de múltiples mártires. Si la primera comunidad cristiana, judeo-cristiana más bien, tuvo su sede en Jerusalén, no pasó mucho tiempo antes de que otras ciudades contaran con comunidades relevantes. Fue el caso de Antioquía, de Corinto, de Éfeso y, ya en la segunda mitad del siglo I, de Roma. De manera paradójica, Roma adquiriría una importancia más preponderante al concluir aquel período inicial y difícil de la historia del cristianismo. No otra cosa sucedería también con sus obispos. Las razones son fáciles de entender. A fin de cuentas, Roma era la capital del imperio. Sin embargo, no deja de ser significativo que el papel relevante de sus obispos fuera de tardía aparición y estuviera directamente vinculado al vacío de poder dejado por el emperador con la crisis imperial y, aún más, con la persistencia del imperio sólo en la parte oriental de su territorio. Como había escrito Pablo de Tarso a los tesalonicenses, el apartamiento de determinados poderes permite siempre la emergencia de otros incipientes (2 Tesalonicenses 2, 7-12). En el caso del papado, semejante principio resulta innegable.

Descripción de la primera comunidad cristiana de Jerusalén

De manera que los que recibieron su palabra fueron bautizados; y en aquel día fueron añadidas unas tres mil personas. Y se dedicaban de manera constante a la doctrina de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a las oraciones.

(Hechos 2, 41-42)

Pedro habla de la Piedra sobre la que se asienta la Iglesia

Acercándoos a Cristo, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios elegida y valiosa, vosotros, también, como piedras vivas, vais siendo edificados como una casa espiritual para un sacerdocio santo, para que ofrezcáis sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesús el mesías. Por eso dice la Escritura: «He aquí, pongo en Sión una piedra angular, elegida, valiosa, y el que crea en ella de ninguna manera se verá

defraudado». Por lo tanto, para vosotros los que creéis es motivo de honra, pero para los que no creen «la piedra que desecharon los constructores se convirtió en piedra angular» y «piedra de tropiezo y roca de escándalo». Éstos tropiezan porque desobedecen a la Palabra de Dios, para lo cual fueron destinados.

(I Pedro 2, 4-8)

Pablo se dirige a los hermanos de la comunidad cristiana de Roma sin mencionar a Pedro

Saludad a Prisca y a Aquila, mis colaboradores en el mesías Jesús, que arriesgaron su vida por la mía, a los cuales no sólo les doy yo las gracias sino también todas las iglesias de los gentiles, y a la iglesia que se reúne en su casa. Saludad a Epeneto, amado mío, que es las primicias de Asia en el mesías. Saludad a María, que trabajó mucho entre vosotros. Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de cárcel, que son célebres entre los apóstoles, que también han estado en el mesías antes que yo. Saludad a Amplias, amado mío, en el Señor. Saludad a Urbano, nuestro colaborador en el mesías, y a Estaquís, amado mío. Saludad a Apeles, aprobado en el mesías. Saludad a los que son de Aristóbulo. Saludad a Herodión, mi pariente. Saludad a los que son de Narcis-

PEDRO

La palabra Pedro es la traducción griega de la palabra aramea *Kefa* (roca). Discípulo de Jesús al que también se le denomina Simón o Simeón (Hechos 15, 14; 2 Pedro 1, 1), originalmente, se dedicaba con su hermano Andrés a la pesca en Galilea (Mateo 4, 18) y previamente había estado vinculado con Juan el Bautista (Juan 1, 35-42). Fue uno del grupo de los Doce y, más específicamente, de los tres discípulos más cercanos a Jesús (Mateo 17, 1; Marcos 5, 37; 9, 2; Lucas 8, 51, etc.). Pedro estaba convencido de la mesianidad de Jesús y así lo confesó en Cesarea de Filipo. La declaración petrina llevó a Jesús a referirse a una iglesia que edificaría precisamente sobre la declaración de fe pronunciada por Pedro, la consistente en afirmar que él era el mesías y el Hijo de Dios. A pesar de lo anterior, Pedro se resistió a aceptar la visión del mesías sufriente que tenía Jesús, lo que motivó que éste le reprendiera (Mateo 16, 18 ss.). Advertido por Jesús de que lo negaría, también recibió seguridad de que sería restaurado tras su arrepentimiento debiendo confirmar a sus hermanos (Lucas 22, 31 ss.). Efectivamente, Pedro negó a Jesús cuando se produjo su detención (Mateo 26, 69 ss. y par.) y, de manera semejante, no creyó inicialmente en el anuncio de la resurrección de Jesús (Lucas 24, 11). Sin embargo, la visión de la tumba vacía (Lucas 24, 12; Juan 20, 1-10) y una aparición de Jesús el domingo de resurrección (Lucas 24, 34; I Corintios 15, 5), así como otras posteriores en compañía de otros discípulos, cambiaron radicalmente su punto de vista y su misma vida. Apenas unas semanas después de la ejecución de Jesús, Pedro anunciaba con valentía su resurrección y la necesidad de creer en el mesías para obtener la salvación (Hechos 2, 3 y 4). A la sazón, Pedro seguía asistiendo al culto del templo como otros judíos piadosos (Hechos 3, 1 ss.), pero eso no impidió que se enfrentara con las autoridades ju-

días que, durante la época de Herodes Agripa, estuvieron a punto de ejecutarlo (Hechos 12).

Aunque la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén parece haber estado regida por el conjunto de los apóstoles en sus primeros tiempos, no cabe duda de que Pedro actuaba como portavoz de la misma (Hechos 2-4). Fue él, junto con Juan, quien legitimó las obras de evangelización situadas fuera de Judea (Samaria, Hechos 8; la costa, Hechos 9, 32 ss.) y el que dio el primer paso de evangelización de los no judíos (Hechos 10-11).

A pesar de que Pedro se centró en la predicación a los judíos y de que excluyó explícitamente la de los gentiles (Gálatas 2, 9-10), sus relaciones con Pablo parecen haber sido buenas, salvo en el caso de un incidente en Antioquía en el que Pedro actuó en contra de sus convicciones por no causar escándalo a los judíos y Pablo le acusó de hipocresía ante toda la congregación (Gálatas 1-2).

Durante los años cuarenta y cincuenta del siglo I, la Iglesia de Jerusalén estuvo bajo la dirección de Santiago, «el hermano de Jesús», como lo llama el historiador judío Flavio Josefo, y no de Pedro (Hechos 12, 17; 15, 13; 21, 18; Gálatas 2, 9 y 12). Pedro apoyó en el denominado Concilio de Jerusalén las tesis de Pablo en favor de facilitar la aceptación de los no judíos en el seno de los seguidores de Jesús. Sin embargo, la decisión final quedó formulada por Santiago (Hechos 15, 13 ss.).

Tenemos muy pocos datos sobre el período final de su vida (casi un cuarto de siglo). Desarrolló con seguridad un ministerio misionero en el que, como los demás apóstoles, con la excepción de Pablo y Bernabé, era acompañado por su esposa (I Corintios 9, 5), seguramente, la hija de la suegra de Pedro a la que curó Jesús (Lucas 4, 38 ss.). Posiblemente, durante ese ministerio estuvo en Corinto (I Corintios 1, 12) y, desde luego, debió concluir en martirio,

so, que están en el Señor. Saludad a Trifena y a Trifosa, que trabajan en el Señor. Saludad a la amada Pérsida, que trabajó mucho en el Señor. Saludad a Rufo, el elegido en el Señor, y a su madre y mía. Saludad a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes y a los santos que están con ellos. Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, y a Olimpos y a todos los santos que están con ellos. Saludaos los unos a los otros con beso santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.

(Romanos 16, 3-16)

¿Era Pedro la piedra?

Forma parte esencial de la visión católica, la identificación de Pedro con la «piedra» o «roca» sobre la que Cristo edificaría la iglesia y a la que se hace referencia en Mateo 16, 18. De acuerdo con esa interpretación, la «piedra», en realidad, no sólo sería Pedro sino que, por añadidura, la primacía episcopal correspondería a sus sucesores identificados con el papa de Roma. Salta a la vista que el pasaje en cuestión no se refiere en ningún momento a una posible sucesión ni mucho menos a que ésta tuviera lugar a través de una línea episcopal asentada en Roma. Con todo, no es menos obvio para los que conocen la Biblia y la patrística que la «piedra»—más correctamente «roca»—no puede

ser identificada en absoluto con Pedro. Las razones al respecto son varias:

1. En las Escrituras, el término «roca» o «piedra» se identifica siempre con Dios (Salmo 18, 1-2; 62, 5-6; 89, 26). De YHWH es de quien se afirma que es Roca y salvación.
2. De manera bien significativa, la idea de la «roca» o «piedra» es igualmente asociada con el mesías. Será ese mesías-roca la base o fundamento de la nueva construcción espiritual de Dios (Isaías 8, 13; 28, 16; Salmo 118, 22).
3. Los primeros cristianos vieron a Jesús como esa «roca-piedra» y no a Pedro. De manera bien reveladora, el mismo Pedro afirma que la piedra es Cristo y no él (I Pedro 5, 1-4) e identifica a Jesús con esa piedra una y otra vez (Hechos 4, 11-12). Lo mismo encontramos en Pablo que afirma que la piedra es Cristo (I Corintios 10, 4) y que señala que «ningún hombre puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús» (I Corintios 3, 11).
4. Los Padres de la iglesia tampoco consideraron que la piedra-roca sobre la que se sustenta la iglesia en Mateo 16, 18 fuera Pedro. Al respecto, por citar sólo algunos, Tertuliano, Agustín, Cipriano, Juan Crisóstomo

una circunstancia que había adelantado el propio Jesús (Juan 21, 19).

No es probable que fuera Pedro quien fundara la comunidad cristiana de Roma y mucho menos plausible resulta que fuera su obispo. No deja de ser significativo, por ejemplo, que Pablo no lo mencione en su Epístola a los Romanos entre todos los hermanos a los que envía saludos (Romanos 16) y que también guarde silencio acerca de cualquier estancia de Pedro en la capital del Imperio en sus cartas pastorales (1 y 2 Timoteo, Tito). Resulta obvio que si Pedro hubiera sido el obispo de Roma, Pablo lo hubiera mencionado en cualquiera de estas ocasiones, separadas entre sí por casi una década, siquiera porque el pescador no lo habría dejado solo (2 Timoteo 4, 16). A pesar de todo lo anterior, la posibilidad de que Pedro visitara en alguna ocasión Roma no debe desecharse, como han hecho algunos historiadores. De hecho, resulta plausible la tradición que lo considera ejecutado durante la persecución neroniana, según queda recogida en la leyenda de *Quo Vadis?* Sin embargo, a diferencia de este relato, es posible que, como sucedió con Pablo, Pedro fuera detenido en algún lugar del Imperio y trasladado a la capital para su ejecución. Según la tradición, habría sido crucificado boca abajo al no considerarse digno de padecer el mismo suplicio que su maestro. La noticia de la crucifixión es, seguramente, cierta y la de la manera de ejecutarla no tiene por qué ser considerada inverosímil.

La excavación de la supuesta tumba de Pedro en Roma de 1939-1949 no sacó a la luz los restos del apóstol, como pretendió el 26 de junio de 1965 el papa Pablo VI*, sino un lugar identificado como su sepulcro no antes del siglo II-III. Con todo, no puede descartarse que en ese enclave se diera sepultura al antiguo pescador.

De las obras escritas que se han atribuido a Pedro, sin duda es suya la primera epístola que lleva su

nombre. Se trata de un magnífico texto pastoral, en el que se indica cómo la Piedra sobre la que se alza la Iglesia es el propio Jesús, tal y como se profetizó en las Escrituras (1 Pedro 2, 1-8); cómo todos los cristianos son sacerdotes (1 Pedro 2, 9); cómo Cristo dejó ejemplo con su muerte de la manera en que deberían comportarse sus seguidores (1 Pedro 2, 21 ss.; 3, 18 ss.) y, sobre todo, cómo puede producirse en cualquier momento una persecución. Texto muy antiguo, en él se consignan también concepciones primitivas, como la de que el bautismo no tiene poder de limpiar pecados, sino que es una simple petición de tener una buena conciencia ante Dios (1 Pedro 3, 21-22).

Por lo que se refiere a la segunda carta de Pedro, su autenticidad ha sido cuestionada, pero lo cierto es que el escrito del Nuevo Testamento con el que tiene mayores coincidencias es precisamente la primera carta de Pedro y, por añadidura, abundan las referencias personales que encajan con la vida del apóstol. Por otro lado, las diferencias entre ambas epístolas dependen no tanto de la diversidad de autores como del género literario (la primera carta es una epístola, la segunda está concebida como un testamento). Tampoco puede descartarse que la segunda fuera debida a Pedro, pero recibiera su forma final de la pluma de un amanuense. En cuanto a los Hechos de Pedro, el Apocalipsis de Pedro y el Evangelio de Pedro, son claramente escritos pseudoepigráficos. Debe señalarse igualmente la acentuada posibilidad de que el Evangelio de Marcos recoja sustancialmente el contenido de la predicación de Pedro, ya que Juan Marcos aparece en algunas fuentes como su intérprete.

La inclusión de Pedro en las listas de obispos de Roma como el primero de éstos no es anterior al siglo iv y provocó, como tendremos ocasión de ver, una alteración en el orden ya establecido. Tal tradición, ciertamente muy tardía, choca con testimonios como los recogidos en las epístolas de Pablo, pero,

mo, Ambrosio, Jerónimo, Basilio el Grande, Hilario de Poitiers, Cirilo de Alejandría, Atanasio, Epifanio, Juan Casiano, Eusebio, Gregorio el Grande, Isidoro de Sevilla o Juan de Damasco no interpretaron Mateo 16, 18 en el sentido católico sino de manera muy diferente. Por ejemplo, Eusebio (263-340) afirmó que la roca era Cristo (Comentario sobre los Salmos); Hilario de Poitiers (315-367) (Sobre la Trinidad VII, 36-7) identificó la roca no con Pedro sino con la fe en Jesús como mesías e Hijo de Dios; Gregorio de Nisa (335-394) identificó la roca con la fe en Cristo (Panegírico sobre San Esteban); Jerónimo (347-420) afirmó repetidas veces que la piedra era Cristo (Comentario a Mateo 7: 25; Epístola 65: 15; Comentario sobre Amós 6: 12-13); Cirilo de Alejandría (m. 444) (Comentario a Zacarías) consideró igualmente que la piedra era Cristo; Casiodoro (490-583) señaló que la roca era «Cristo el Señor» (Exposiciones sobre los salmos, Salmo 45: 5); Basilio de Seleucia (m. c. 468) señaló que la roca de Mateo 16: 18 era la confesión de que Jesús es el mesías (Oración 25: 4); el español Isidoro de Sevilla (560-636) dejó constancia de que el fundamento sobre el que se construye la iglesia es Cristo (Etimologías 7: 2); Juan de Damasco (645-749) afirmó

que «la roca era Cristo, la encarnada Palabra de Dios, el Señor porque Pablo claramente nos enseña: «la roca era Cristo» (I Corintios 10: 4)» (Homilía sobre la Transfiguración). En términos generales, puede verse que, al menos hasta el siglo VIII, la opinión generalizada era que la piedra sobre la cual se fundamenta la iglesia no es Pedro—mucho menos sus supuestos sucesores en el episcopado de Roma!—sino Cristo o, si acaso, la fe en Jesús como mesías e Hijo de Dios y

5. De no menor importancia es el hecho de que, en el texto griego, queda claramente diferenciado, por un lado, Pedro (Petrós, piedrecita) y, por otro, petra (piedra o roca) sobre la que se sustenta la iglesia y que, obviamente, no puede ser Pedro.

Resumiendo, pues, debe señalarse que, durante siglos, la interpretación seguida por los primeros cristianos tanto en el Nuevo Testamento como en los escritos patrísticos no identificó la piedra de Mateo 16: 18 con Pedro ni mucho menos con unos supuestos sucesores suyos en la sede romana sino con el mismo Cristo o con la fe en que Jesús era el Cristo y el Hijo de Dios. Sólo interpretaciones posteriores sustituirían a Cristo como

sin duda, otorgaba una especial legitimidad a una sede episcopal asentada en la capital del Imperio. A lo largo de la Edad Media, esta tesis volvió a ser repetida por los papas, con la correspondiente irritación de los otros patriarcas, en un intento por justificar una tesis del primado romano que, históricamente, nunca ha sido aceptada de manera universal.

«Los obispos de Roma fueron muy pronto conscientes de su tradición petrina, y de que, junto a aquella responsabilidad, habían recibido la promesa de ayudas para responder a ella». (Cardenal Joseph Ratzinger, *La Sal de la Tierra*, Madrid, 1997, p. 196.)

César Vidal, *El judeo-cristianismo palestino en el siglo I: de Pentecostés a Jamnia*, Madrid, 1993; O. Cullmann, *Peter*, Londres, 1966; R. Aguirre, ed., *Pedro en la iglesia primitiva*, Estella, 1991.

LA IGLESIA POSTAPOSTÓLICA: LA ERA DE LAS PERSECUCIONES

Lino (c. 66-c. 78). Según las listas episcopales más antiguas, fue el primer obispo romano después de Pedro*. No se sabe nada de él, aunque Ireneo (c. 180) y Eusebio de Cesarea (c. 260-c. 340) lo identificaron con el Lino mencionado en 2 Timoteo 4, 21, pero este extremo dista mucho de estar establecido con certeza.

Anacleto (c. 79-c. 91). El tercer obispo de Roma según algunas de las listas más primitivas. No sabemos prácticamente nada de su vida y resulta dudoso si debe o no identificársele con el Cleto del que hablan Ireneo, Eusebio, Optato y Agustín.

Clemente (c. 91-c. 101). También Clemente de Roma o romano. Tercer obispo de Roma según la lista cita-

da por Ireneo (Adv. Haer III, 3, 3). Eusebio (HE III, 15, 34) fija el inicio de su pontificado en el año doce de Domiciano (92) y su final en el tercero de Trajano (101). Algunas fuentes afirman que fue consagrado por el mismo apóstol Pedro pero que, por razones de convivencia, habría renunciado en favor de Lino y retomado el puesto tras Anacleto. Sin embargo, tal supuesto parece ser legendario y, de hecho, los intentos de escribir su vida han resultado vanos hasta la fecha. Orígenes lo identificó con el Clemente mencionado en Filipenses 4, 3; las *Pseudoclementinas* lo convirtieron en uno de los Flavios y Dión Casio lo asimiló a la figura del cónsul Tito Flavio Clemente, ejecutado el 95 o 96 por ser cristiano. Lo cierto es que no tenemos pruebas históricas en favor de ninguna de estas tesis, como tampoco de su martirio, que es conmemorado por la liturgia romana.

El único escrito que poseemos de él es la Epístola a los Corintios (95-96), que, a juicio de algunos autores, es el primer escrito cristiano—aparte de los contenidos en el Nuevo Testamento—cuyo autor, situación y época conocemos con cierta seguridad. La mencionada obra es un llamamiento a la concordia entre los miembros de la iglesia corintia. Se le ha atribuido también una segunda epístola, cuyo autor desconocemos, que contiene un testimonio en favor de la *paenitentia secunda*; dos cartas a las vírgenes, escritas en realidad en el siglo III, y las *Pseudoclementinas*, una novela que nos ha llegado fragmentariamente y que también fue redactada en el siglo III. La carta reviste cierta importancia por cuanto no sólo contiene un testimonio de importancia acerca de la estancia de Pedro en Roma y de la de Pablo en España, sino que además aparece en ella la primera declaración expresa sobre la sucesión apostólica (XLIV, 1-3). Sin embargo, no afirma aún el primado de la sede de Roma, lo que obliga a pensar que no se creyó en ésta con anterioridad al siglo III.

Roca sobre la que está levantada la iglesia por el papado.

Las persecuciones

El cristianismo primitivo conoció diez persecuciones denominadas generales, aunque alguna es dudosa históricamente y hasta mediados del siglo III derivaron más de la hostilidad local que de una política imperial específica. Estas diez persecuciones se produjeron bajo Nerón (histórica), Domiciano (ficticia), Trajano (histórica, pero limitada), Marco Aurelio (histórica), Septimio Severo (en realidad prohibición de las conversiones al cristianismo), Maximino (histórica), Decio (histórica), Valeriano (histórica), Aureliano (ficticia) y Diocleciano (histórica). Tras la abdicación de Diocleciano, continuó la persecución, aunque su intensidad varió según los distintos gobernantes. En el 311, Galerio promulgó un edicto de tolerancia que obligó al año siguiente a Maximino, un feroz perseguidor del cristianismo, a seguir su ejemplo. De la misma manera, Constantino y Licinio proclamaron la libertad religiosa completa. A partir de ese momento, pueden darse por concluidas las persecuciones imperiales y hay que considerar las acciones de Licinio (322-323) y Juliano (361-363) como meros paréntesis

de un paganismo anacrónico.

El Papa

El título de papa fue aplicado inicialmente a todos los obispos de Occidente y al obispo de Alejandría en Oriente. En el sínodo de Pavía del 20 de septiembre del 998 se censuró la conducta del arzobispo de Milán, que aún seguía denominándose papa, y a partir de 1073, en virtud de una decisión del Concilio de Roma celebrado bajo el pontificado de Gregorio VII, se prohibió la utilización de este título a cualquier obispo que no fuera el de Roma. Hoy en día, el título en Occidente está limitado al obispo de Roma, cabeza de la Iglesia Católica, y en las iglesias ortodoxas a todos los sacerdotes, ya que es un equivalente al «papa» católico.

Los mártires

En los Evangelios, la palabra tiene el significado original de «testigo» (Mateo 10, 18; 10, 32 ss.; Marcos 13, 9; Lucas 12, 8 ss.; Juan 15, 13), de ahí que, durante la Era de las persecuciones, viniera a ser el apelativo concreto de aquellas que testificaban de su fe en Cristo hasta el punto de dar su vida por ella. A inicios del siglo III, comenzó a celebrarse el aniversario de la muerte del mártir en la tumba del mis-

Evaristo (c. 100-c. 109). Los datos relativos a este obispo de Roma resultan muy inseguros. Las diferentes fuentes difieren en cuanto a la duración de su episcopado (ocho años, diez, trece años y diez meses, etc.) y a su orden en la lista de los obispos romanos (cuarto después de Anacleto* y Clemente*, cuarto pero después de Clemente y Anacleto). Las noticias sobre su muerte como mártir resultan asimismo legendarias.

Alejandro I (c. 109-c. 116). El quinto en las listas más antiguas de los obispos de Roma. En realidad, carecemos de datos históricos fiables sobre él y por ello no debería extrañarnos que posteriormente se le atribuyera el sexto lugar. La tradición que sostiene que murió martirizado se debe a una confusión con un mártir del mismo nombre.

Sixto I (c. 116-c. 125). El sexto en las primeras listas de obispos de Roma, desplazado al número séptimo cuando posteriormente se incluyó a Pedro. No se conoce prácticamente nada de su vida. Se ha señalado que pudo morir martirizado, pero en la lista de Ireneo sólo se señala esa circunstancia en relación con Telesforo*, lo cual lleva a pensar que el dato es legendario.

Telesforo (c. 125-c. 136). El séptimo de los obispos de Roma en las primeras listas. Al incluirse posteriormente a Pedro* pasó a ocupar el octavo lugar. Apenas poseemos datos seguros sobre su episcopado, salvo el hecho de que, como señala Ireneo, murió mártir. Su fiesta se celebra el 5 de enero.

Higinio (c. 138-c. 142). Octavo o noveno obispo de Roma según las diferentes listas, se discute si su episcopado duró doce años o sólo cuatro. Poco se sabe del mismo, excepto que, quizá, en esa época los gnós-

ticos Valentín y Cerdón visitaron Roma. La leyenda que le atribuye haber sido mártir carece de base histórica. Canonizado, su fiesta se celebra el 11 de enero.

Pío I (c. 142-c. 155). El noveno en las listas más antiguas de los obispos de Roma. De él se ha afirmado que fue hermano del autor del *Pastor de Hermas*. No sabemos nada de su episcopado. La tradición que afirma que murió martirizado es tardía (siglo IX). Canonizado, su fiesta se celebra el 11 de julio.

LA IGLESIA EPISCOPAL

A mediados del siglo II, el cristianismo ha experimentado una transformación notable en lo que a la organización de sus comunidades se refiere. Si todavía en el Nuevo Testamento no se distingue entre los ancianos (*presbiteroi*) y los obispos (*episkopes*) que siguen el modelo de la sinagoga judía—están casados, son elegidos por la comunidad, etc.—, a partir del siglo II el obispo se convirtió en un pastor de pastores o anciano de ancianos situado por encima de éstos. Esa evolución se producirá en toda la cristiandad sin excluir, lógicamente, a Roma.

Aniceto (c. 155-c. 166). En las primeras listas de los obispos de Roma aparece como el décimo, aunque, posteriormente, se le atribuyó el undécimo lugar. Poco se sabe de su vida, pero, al parecer, rechazó las pretensiones de Policarpo de celebrar la Pascua según el cómputo judío alegando que en Roma se celebraba la resurrección de Jesús cada domingo. Sin embargo, tal postura no provocó la ruptura de relaciones, que siguieron siendo óptimas entre Roma y Asia Menor. No existe confirmación de la tradición que afirma que fue mártir.

mo. A partir del siglo IV se difundió la creencia en su mediación y sus reliquias comenzaron a ser valoradas. Hasta 1969 era práctica católica que todos los altares consagrados contuvieran reliquias de mártires.

El apóstol Pablo da instrucciones sobre las características que ha de tener un obispo

Por esta razón te dejé en Creta, para que ordenaras lo pertinente y designaras ancianos (*presbiteroi*) en cada ciudad, tal y como te ordené. El que sea irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga hijos que sean creyentes, sin acusación de relajación moral o de no ser sumisos. Porque es necesario que el obispo (*episkopos*) sea intachable como administrador de Dios: no arrogante, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni ansioso de ganancia ilegal, sino hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo, santo, dueño de sí mismo, firmemente adherido a la palabra verdadera y conforme a la doctrina, para que pueda exhortar con la sana doctrina y refutar a los que se oponen a ella.

(Tito 1, 5-9)

Montanismo

Movimiento cristiano apocalíptico del siglo II. No fue propiamente herético, aun-

que hacía un énfasis especial en un próximo derramamiento del Espíritu Santo y en un rigorismo moral (prohibición de las segundas nupcias y de la huida ante la persecución, etc.) que atrajo a sus filas a personajes como Tertuliano. Esta última circunstancia le llevó finalmente a degenerar en un cisma.

El modalismo

El Nuevo Testamento señala la existencia de un Dios en tres personas—Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mateo 28, 19-20; 2 Corintios 13, 14)—, una enseñanza que tiene su precedente en el judaísmo y en el Antiguo Testamento. La discusión sobre la relación exacta entre las personas duraría siglos y algunos teólogos consideraron que, en realidad, no se trataba de tres personas, sino de tres aspectos o modos del Dios único. Ese modalismo fue sistematizado por Sabelio, de ahí que, ocasionalmente, reciba el nombre de sabelianismo. Sabelio no distinguía en la divinidad a las diferentes personas, sino que consideraba a las mismas como manifestaciones distintas de una única persona divina. Sabelio concebía la divinidad como una mónada que se expresaba en tres operaciones e igualmente utilizaba la imagen de la «proyección» (el Padre se había proyectado como Hijo y luego como Es-

Sotero (c. 166-c. 174). Nacido en Campania, es el undécimo obispo de Roma según las listas más antiguas. Al añadirse más adelante el nombre de Pedro* pasó a ocupar el duodécimo lugar. Eusebio nos ha legado datos acerca de la epístola que Sotero envió a Corinto acompañada de limosnas y en la que presenta tal conducta como paradigma de lo que debe ser el comportamiento entre iglesias. Aparte de la carta mencionada, que A. von Harnack muy discutiblemente identifica con la Segunda Epístola de Clemente, parece ser que Sotero escribió una carta contra los montanistas que no nos ha llegado.

Eleuterio (c. 174-189). De origen griego y nacido en Nicópolis, fue diácono durante el episcopado de Aniceto*. Hacia el 177-178 recibió una visita de Ireneo de Lyon en el curso de la cual éste le advirtió sobre los peligros del montanismo. Con todo, parece que Eleuterio no halló motivo de inquietud en la aparición de este movimiento espiritual. Posiblemente murió en el año décimo de Cómodo (189). Más discutible es que fuera martirizado, ya que no es mencionado como mártir hasta el martirologio de Ado de Vienne de la segunda mitad del siglo IX.

Víctor I (189-198). Nacido en África, fue el primer obispo de Roma latino y parece indiscutible que contribuyó poderosamente a la romanización de esta iglesia. Llevó a otras iglesias a seguir la celebración dominical de la Pascua en oposición a Blasto. Ante la oposición de las iglesias de Asia Menor de abandonar el uso histórico judío de celebrar la Pascua el 14 de Nisán, Víctor excomulgó a las citadas iglesias no sólo de la comunión romana, sino también de la universal. Esta actitud provocó una reacción contraria en la que destacó la figura de Ireneo, quien le recordó la postura de respeto que, en relación con este tema, había prevalecido en los anteriores obispos de Roma.

Víctor también decretó la excomunión de Teodoto de Bizancio—que afirmaba que Cristo sólo había sido Dios después de la resurrección—y depuso al gnóstico Florino de sus labores sacerdotales. Fue el obispo de Roma del que sabemos que tuvo tratos con la familia imperial. Es dudoso que muriera mártir, como se ha afirmado en algunas ocasiones. Fue autor de varias epístolas sobre la controversia pascual.

Ceferino (198/199-217). De acuerdo con el testimonio de Hipólito de Roma, se definió contra Sabelio. Según Harnack, su declaración «Conozco solamente a un Dios, Jesucristo, y fuera de él no hay otro que fuera engendrado y que pudiera sufrir» es la «definición dogmática más antigua de un obispo de Roma que conozcamos en su texto», si bien el historiador alemán la interpretaba tachando al papa de modalista.

Calixto I (217-222). Nacido esclavo y entregado a prácticas económicas inmorales—lo que le ocasionó una condena a trabajos forzados—, se convirtió al cristianismo y fue elegido obispo de Roma. Decretó la excomunión del hereje Sabelio. A él se le atribuye el denominado por Tertuliano «edicto perentorio», que permitía el perdón de los pecados de adulterio y fornicación a los que hubieran realizado la debida penitencia. Actualmente, se discute tal atribución. A partir del siglo iv su nombre aparece en las listas de mártires, pero es dudosa la base histórica de tal episodio.

HIPÓLITO Y EL PRIMER CISMA DE LA IGLESIA DE ROMA

Hipólito (217-235). Nacido casi con seguridad en Oriente, fue ordenado en Roma por Víctor I*. Prolijo escritor, redactó un tratado sobre el Anticris-

píritu Santo). Llegado a Roma a finales del pontificado de Ceferino*, recibió fuertes ataques de Hipólito y, finalmente, tras un período de buenas relaciones con el papa Calixto*, fue excomulgado por éste.

Antipapa

Recibe esa denominación aquella persona que mantiene la pretensión de ser el obispo de Roma en contraposición a otra que sostiene la misma postura. A lo largo de la historia ha habido 35 antipapas.

Los lapsos

Derivado del término latín *lapsi*, «los caídos», los lapsos eran los que apostataban del cristianismo durante la persecución. En un sentido más estricto, el término se utiliza en referencia a los apóstatas de la persecución de Decio del 250-251. Con anterioridad, los lapsos no eran readmitidos a la comunión de la Iglesia, pero en esa ocasión, dado el número elevadísimo de los mismos, la sensibilidad eclesial se mostró muy distinta a prácticas anteriores. Así, un amplio sector de la misma, dirigido por Cipriano, optó por readmitir en la comunión a los lapsos después de la realización de una penitencia. Semejante decisión contribuyó a la reacción rigorista

de los novacianos. Los Concilios de Elvira (306), Arles (314), Ancira (314) y Nicea (325) se ocuparon de esta problemática.

Novacianismo

Movimiento cristiano que recibe su nombre de haber seguido a Novaciano. Como en el caso del donatismo, sus creencias eran ortodoxas, pero tenían un fuerte contenido rigorista manifestado, por ejemplo, en considerar que los *traditores* durante la persecución de Decio debían ser objeto de duras medidas. Elegido obispo de Roma—aunque su legitimidad es objeto de fuerte controversia—, Novaciano murió martirizado c. 257-258 y sus seguidores resultaron excomulgados. Pervivieron hasta el siglo v.

to, una Refutación de todas las herejías y una Crónica de la historia universal desde Adán hasta el año 234. La elección de Calixto* como obispo de Roma provocó su reacción inmediata, así como que se convirtiera en obispo rival. Por esta razón se le considera el primer antipapa de la historia. El cisma continuó durante los episcopados de Urbano I* y Ponciano*. En el 235 tanto este último como Hipólito fueron deportados a Cerdeña por el emperador Maximino. Allí murieron ambos.

J. J. I. von Döllinger, *Hippolytus and Callistus*, Edimburgo, 1876; A. d'Alès, *La théologie de s. Hippolyte*, París, 1929; P. Nautin, *Hippolyte et Josipe*, París, 1947.

Urbano I (222-230). Nacido en Roma, su episcopado discurrió bajo el reinado de Alejandro Severo (222-235), en el que no hubo persecución. La leyenda hace referencia a su martirio, pero lo más seguro es que debamos desechar la noticia como carente de base histórica.

Ponciano (21 de julio del 230-28 de septiembre del 235). Prácticamente no contamos con datos sobre su vida salvo que, quizá, presidió el sínodo romano que respaldó la sentencia condenatoria dictada contra Orígenes por los sínodos de Alejandría del 230 y el 231. Cuando Maximino inició la persecución de los dirigentes cristianos, Ponciano fue detenido y deportado a Cerdeña. Dado que no era de esperar que salvara su vida en la isla, Ponciano abdicó para facilitar la elección de un sucesor. Muerto en Cerdeña, donde quizá se reconcilió con Hipólito*, los cadáveres de ambos fueron llevados a Roma por Fabián en torno al 236. Su fiesta se celebra el mismo día que la de Hipólito, el 13 de agosto.

Antero (21 de noviembre del 235-3 de enero del 236). De origen griego, no sabemos nada de su episcopa-

do, excepto que fue paralelo a la persecución de Maximino (235-238). Aunque existe una tradición que le atribuye el hecho de haber sido martirizado, lo cierto es que no aparece en las listas de los mártires hasta el siglo iv. Por otro lado, el Catálogo Liberiano parece atribuirle una muerte natural. Fue el primer obispo de Roma enterrado en el cementerio de Calixto*.

Fabián (10 de enero del 236-20 de enero del 250). La mayor parte del episcopado de Fabián coincidió con un período de paz bajo el emperador Gordiano III (238-244), lo cual le permitió desarrollar una ingente actividad en la reestructuración de la Iglesia en Roma. Por Cipriano (Epist. LIX, 10) sabemos que apoyó en una carta la condena del obispo Priato de Lambese, pronunciada en un concilio númera. Fue martirizado durante la persecución de Decio (inicios del año 250).

CORNELIO Y NOVACIANO: LA IGLESIA DE ROMA VUELVE A SUFRIR EL CISMA

Cornelio (marzo del 251-junio del 253). A la muerte de Fabián*, se retrasó la elección del nuevo obispo de Roma debido a la persecución desencadenada por el emperador Decio (249-251). Finalmente, a la muerte de Decio, se produjo la elección, que recayó en un romano llamado Cornelio y provocó un cisma encabezado por Novaciano*. La clave de esta ruptura hay que buscarla seguramente, más que en las ambiciones supuestamente frustradas de Novaciano, en la postura diversa que ambos mantenían en relación con los lapsos o apóstatas durante la persecución. Mientras que Cornelio era partidario de su readmisión en el seno de la Iglesia después del cumplimiento de una penitencia, Novaciano abogaba por su exclusión total. El apoyo de Cipriano de Cartago fue decisivo para el triunfo de Cornelio. En el 252, el emperador Galo reanudó la persecución y Cornelio fue desterrado a Centumcellae, la actual Civitavecchia. Murió un año después, aunque seguramente no fue mártir, como se ha señalado en algunas ocasiones.

Novaciano (marzo del 251-258). Nacido c. 200, en torno al 250 era presbítero de la Iglesia de Roma. Autor de un tratado sobre la Trinidad, es considerado el fundador de la teología romana. Al producirse la elección de Cornelio*, Novaciano se hizo elegir a su vez obispo de Roma, con lo que se produjo el cisma. Durante la controversia sobre los lapsos, Cornelio abogó por su read-

misión siempre que realizaran una penitencia previa, mientras que Novaciano se opuso. Finalmente, un sínodo romano convocado por Cornelio excomulgó a Novaciano y a sus seguidores. Expulsado de Roma, Novaciano murió mártir en el 258, durante la persecución del emperador Valeriano (253-260). La iglesia cismática seguidora de Novaciano mantenía una teología ortodoxa, pero era rigorista en sus planteamientos, pues sostenían que no existía perdón para los pecados graves después del bautismo. Establecida desde España hasta Mesopotamia, perduró hasta el siglo v.

A. d'Alès, *Novatien*, París, 1924.

Lucio (25 de junio del 253-5 de marzo del 254). Nacido en Roma, la persecución del emperador Galo (251-253) le obligó a abandonar dicha ciudad apenas elegido. Pudo regresar bajo el reinado de Valeriano (253-260). Poco sabemos de su vida, aunque parece que se opuso a las tesis de Novaciano* y abogó por recibir a los lapsos en el seno de la Iglesia a condición de que realizaran una penitencia. Tradicionalmente se cree que murió martirizado, pero es posible que tal afirmación carezca de base histórica. Canonizado, su fiesta se celebra el 4 de marzo.

Esteban I (12 de mayo del 254-2 de agosto del 257). Nacido en Roma y miembro de la *gens Iulia*, sucedió en el episcopado de Roma a Lucio I*. Escribió dos cartas en relación con la validez del bautismo administrado por los herejes. La postura de Esteban era contraria a que los obispos obligaran a un nuevo bautismo a los que lo habían recibido de grupos heréticos (HE, VII, 5, 4; Cipriano, Epist. LXXII, 25) y eso le llevó a un enfrentamiento con Cipriano, que, en este terreno, estaba actuando en contra de la tradición de la Iglesia y dificultando el retorno de los herejes a la comunión. El enfrentamiento entre los dos personajes llegó a una aspereza extrema, hasta el punto de que no se solventó hasta la muerte de Esteban en el año 257 y la de Cipriano en el 258. La leyenda que afirma que Esteban murió mártir carece de base histórica.

Sixto II (agosto del 257-6 de agosto del 258). De origen griego, su elección permitió reanudar las relaciones con Cipriano y las iglesias de África rotas desde el reinado de Esteban I*. Fue martirizado como consecuencia del segundo edicto de Valeriano (agosto del 258).

Dionisio (22 de julio del 260-26 de diciembre del 268). Durante la persecución de Valeriano, la Iglesia de Roma no eligió sucesor de Sixto II* y en un plazo de

cerca de dos años estuvo gobernada sólo por presbíteros. A la muerte de Valeriano, Dionisio fue elegido obispo de Roma. Tenemos noticia de que escribió dos cartas a Dionisio de Alejandría acerca del sabelianismo y el subordinacionismo, pero sólo nos han llegado fragmentos. La tradición que lo sitúa entre el grupo de los mártires carece de base histórica.

Félix I (3 de enero del 269-30 de diciembre del 274). Nacido en Roma, apenas contamos con datos seguros sobre él, salvo que, posiblemente, recibió una carta en la que se anunciaba la deposición del hereje Pablo de Samosata. La noticia sobre su martirio carece de base histórica. Canonizado, su fiesta se celebra el 30 de mayo.

Eutiquiano (4 de enero del 275-7 de diciembre del 283). Natural de Toscana, su episcopado estuvo situado en el período de paz existente entre las persecuciones de los emperadores Valeriano (253-260) y Diocleciano (284-305). No disponemos de datos seguros sobre su persona o actividades, posiblemente porque los escritos relativos a su episcopado fueron destruidos durante la persecución de Diocleciano. Canonizado, su fiesta se celebra el 7 de diciembre.

Cayo (17 de diciembre del 283-22 de abril del 296). No se sabe nada acerca de él ni de su episcopado, ya que los datos proporcionados al respecto—por ejemplo su parentesco con Diocleciano (284-305) o su muerte como mártir—resultan claramente legendarios. Con todo, su gobierno parece haber coincidido con una etapa de paz para la Iglesia romana. Canonizado, su fiesta se celebra el 22 de abril.

MARCELINO: EL PAPA APÓSTATAS

Marcelino (30 de junio del 296-304?). No poseemos datos acerca de los primeros años de su vida. Durante su episcopado, el emperador Diocleciano promulgó su primer edicto de persecución (25 de febrero del 303). Plegándose al mismo, Marcelino no sólo entregó copias de las Escrituras para que fueran destruidas por los paganos, sino que además ofreció incienso a los dioses. Los presbíteros Marcelo*, Melquiades* y Silvestre—que también serían obispos de Roma—actuaron de la misma manera. En los años posteriores, los donatistas utilizarían estos hechos, totalmente documentados, en favor de sus tesis. El nombre de Marcelino fue omitido de la lista oficial de

papas y Dámaso I* tampoco lo incluyó entre los papas a los que dedicó poesías. Con posterioridad, se tejió una leyenda sobre su martirio, pero la misma parece haber carecido de base histórica. Con todo, fue canonizado como mártir y su fiesta se celebra el 2 de junio.

SEDE VACANTE DURANTE TRES AÑOS Y MEDIO

Marcelo I (noviembre/diciembre del 306*-16 de enero del 308). Tras la apostasía de Marcelino*, la sede romana permaneció vacante más de tres años y medio. Finalmente la tolerancia inicial de Majencio permitió la elección de un nuevo obispo. Marcelo fue acusado de haber entregado también a los paganos copias de las Escrituras y quizá por ello adoptó una línea extremadamente rigorista hacia los apóstatas. La rebelión de la comunidad contra esta postura, que en algún caso derivó en derramamiento de sangre, llevó a Majencio a intervenir y, cuando supo de las acusaciones de apostasía que pesaban sobre Marcelo, a deponerlo. Murió poco después en un lugar desconocido. A partir del siglo XIX algunos autores han pretendido que Marcelo y Marcelino fueron el mismo personaje, pero tal extremo dista mucho de encontrarse fundamentado.

Eusebio (18 de abril-21 de octubre del 310). De origen griego, durante su episcopado resultó un problema de especial gravedad la cuestión de los lapsos o cristianos que habían apostatado durante la persecución del emperador Diocleciano (284-305). Eusebio abogó por la readmisión después del cumplimiento de una penitencia. Pese a todo, su postura no fue admitida por todos los cristianos de Roma y las disensiones provocaron la intervención del emperador Majencio (306-312), que deportó a Sicilia a Eusebio y a Heraclio, jefe de la facción opuesta. Allí murió Eusebio, aunque su cadáver fue trasladado a Roma, donde se le dio sepultura en el cementerio de Calixto*. Canonizado, su fiesta es el 17 de agosto.